EL HOMBRE DE LOS SESOS DE ORO Y OTROS RELATOS ALPHONSE DAUDET



Alphonse Daudet



Alphonse Daudet

El hombre de los sesos de oro y otros relatos



Alphonse Daudet

Louis Marie Alphonse Daudet nació en Nimes, el 13 de mayo de 1840.

Adquirió su fama con las célebres *Cartas desde mi molino* (1866), en las que trata con nostalgia e ironía la vida y el ambiente del sur de Francia. Posteriormente, publicó *Tartarín de Tarascón* (1872) y *Cuentos del lunes* (1873), inspirados, en su mayor parte, en episodios del sitio de París y de la Comuna. A partir de esta época, su obra se orientó hacia el realismo y el costumbrismo: *Fromont hijo* y *Risler padre* (1874), *Jack* (1876) y *El nabab* (1877). Publicó dos libros de memorias en 1888: *Recuerdos de un hombre de letras* y *Treinta años de París*.

Murió en París, el 16 de diciembre de 1897.

El hombre de los sesos de oro y otros relatos
Alphonse Daudet

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Alvaro Emidgio Alarco Rios
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Andrea Veruska Ayanz Cuéllar
Concepto de portada: Melissa Pérez García
Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

LA AGONÍA DEL SEMILLANTE

Puesto que el mistral de la otra noche nos lanzó contra la costa corsa, dejen que les cuente una terrible historia de mar de la cual los pescadores de allá abajo hablan a menudo al amor de la lumbre. El azar me permitió enterarme de unos detalles muy curiosos acerca de ella, hace un par o tres de años…

Recorría el mar de Cerdeña en compañía de siete u ocho marinos aduaneros. ¡Rudo viaje para un novato! En todo el mes de marzo no tuvimos un solo día bueno. El viento de levante se había encarnizado con nosotros, y el mar nos remitía su cólera.

Una tarde huíamos ante la tormenta y nuestro barco se refugió en la entrada del estrecho de Bonifacio, en medio de un macizo de pequeñas islas… Su aspecto no tenía nada de atractivo: grandes rocas peladas, cubiertas de pájaros, algunas matas de absintio, unos desperdigados lentiscos y, aquí y allí, en el limo, trozos de madera pudriéndose; pero, de todos modos, para pasar la noche, aquellas rocas siniestras eran preferibles a la cubierta de una vieja embarcación de medio puente, en la cual el agua entraba como Pedro por su casa, y nos conformamos.

Apenas desembarcados, mientras los marineros encendían una fogata para la *boullabaisse*, el patrón me llamó y, señalándome un pequeño recinto encalado y perdido en la bruma al otro extremo de la isla, me dijo:

—¿Viene usted al cementerio?

—¿Un cementerio, patrón Lionetti? ¿Dónde estamos, pues?

—En las islas Lavezzi, señor. Aquí están enterrados los seiscientos hombres del Semillante, en el mismo lugar donde su barco naufragó hace diez años… Los pobres no reciben muchas visitas; y, puesto que estamos aquí, lo menos que podemos hacer es ir a saludarles…

—Con mucho gusto, patrón.

¡Qué triste era el cementerio del Semillante! Todavía me parece verlo, con su tapia baja, su puerta de hierro, oxidada, difícil de abrir, su capilla silenciosa y unos centenares de cruces negras ocultas entre la hierba. Ni una corona de siemprevivas, ni un recuerdo… Nada… ¡Ah! Los pobres muertos abandonados, ¡cuánto frío deben pasar en su tumba casual!

Permanecimos allí un momento, arrodillados. El patrón rezó en voz alta. Unas enormes gaviotas, únicos guardianes del cementerio, revolotearon sobre nuestras cabezas y mezclaron sus roncos gritos con los lamentos del mar.

Terminada la plegaria, regresamos tristemente al extremo de la isla donde estaba amarrada nuestra embarcación. En nuestra ausencia, los marineros no habían perdido el tiempo. Encontramos un gran fuego llameante al abrigo de una roca, y la marmita que humeaba. Nos sentamos en círculo, con los pies arrimados a la fogata, y no tardamos en tener sobre las rodillas, en una escudilla de barro, dos rebanadas de pan generosamente rociadas. La comida fue silenciosa: estábamos mojados, teníamos hambre, y, por añadidura, la vecindad del cementerio… Sin embargo, cuando las escudillas estuvieron vacías, se encendieron las pipas y se entabló una conversación general. Naturalmente, se habló del Semillante.

—Bueno, ¿cómo ocurrió la cosa? —le pregunté al patrón que, con la cabeza entre las manos, contemplaba las llamas con aire pensativo.

—¿Cómo ocurrió la cosa? —me respondió el buen Lionetti exhalando un suspiro—. Por desgracia, nadie en el mundo podría decirlo. Lo único que sabemos es que el Semillante, cargado de tropas para Crimea, había salido de Tolón, la tarde anterior, con mal tiempo. Por la noche, el tiempo empeoró. Viento, lluvia, un mar crecido como nunca… Por la mañana, el viento amainó un poco, pero el mar continuaba rugiendo y estaba cubierto por una bruma endiablada que no permitía distinguir un fanal a cuatro pasos… Esas brumas, señor, son muy traidoras… Supongo que el Semillante debió de perder su gobernalle, ya que el capitán, sin una avería, no se hubiera estrellado contra estas rocas. Era un bravo marino, al que todos conocíamos. Llevaba más de tres años en Córcega, y conocía su costa tan bien como yo, que no conozco otra cosa.

—¿Y a qué hora suponen que naufragó el Semillante?

—Debió de ser al mediodía; sí, señor, en pleno mediodía… Pero, con la bruma, aquel pleno mediodía venía a ser una noche negra como la boca de un lobo… Un aduanero de la costa me ha contado que aquel día, alrededor de las once y media de la mañana, después

de salir de su casilla para asegurar los postigos de las ventanas, vio cómo un golpe de viento se le llevaba la gorra. A riesgo de verse arrastrado por las olas, echó a correr a cuatro patas a lo largo de la playa. Verá, los aduaneros no son ricos, y una gorra cuesta su dinero. Pues bien, parece ser que en un momento determinado, nuestro hombre, al levantar la cabeza, vio muy cerca de él, en medio de la bruma, un gran navío que huía bajo el viento del lado de las islas Lavezzi. Aquel navío iba tan aprisa, tan aprisa, que el aduanero apenas tuvo tiempo de verlo. Sin embargo, todo hace pensar que se trataba del Semillante, puesto que media hora después el pastor de las islas oyó sobre aquellas rocas… Pero, ahí llega el pastor del que le hablo, señor; él mismo le contará la cosa. ¡Hola, Palombo! Ven a calentarte un poco; no tengas miedo.

Un hombre encapuchado, al cual había visto dar vueltas alrededor de nuestro fuego desde hacía unos instantes y al que había tomado por algún miembro de nuestra tripulación, ya que ignoraba que hubiera un pastor en la isla, se acercó a nosotros tímidamente.

Era un viejo idiota, atacado de una dolencia escorbútica que había hinchado sus labios, y le había dado un aspecto horrible. A duras penas consiguieron hacerle entender de qué se trataba. Entonces, levantando con el dedo su labio enfermo, el viejo nos contó que, en efecto, el día en cuestión, alrededor de mediodía, oyó desde su cabaña un espantoso crujido sobre las rocas. Dado que la isla estaba enteramente cubierta de agua, no había podido salir. Al día siguiente, al abrir su puerta, vio la playa llena de maderos y de cadáveres dejados allí por el mar. Horrorizado, corrió hacia su barca para ir a Bonifacio a buscar gente.

Fatigado tras haber hablado tanto, el pastor se sentó y el patrón volvió a tomar la palabra:

—Sí, señor, ese pobre viejo vino a avisarnos. Estaba casi loco de terror; y su cerebro se resintió del suceso. Desde luego, había motivo para ello… Imagine seiscientos cadáveres amontonados sobre la arena, mezclados con los trozos de maderaje y los restos de las velas… ¡Pobre Semillante! El mar lo destrozó hasta el punto de que el viejo Palombo se vio muy apurado para encontrar maderos con que construir una empalizada alrededor

de su choza… En cuanto a los hombres, casi todos desfigurados, mutilados espantosamente…, pegados unos a otros, a racimos. Encontramos al capitán con su uniforme de gala, y al capellán con su estola al cuello; en un rincón, entre dos rocas, un pequeño recluta, con los ojos abiertos, parecía estar vivo. Pero, no: no hubo un solo superviviente.

El patrón se interrumpió:

—¡Cuidado, Nardi! —gritó—. El fuego se está apagando.

Nardi echó sobre las brasas tres o cuatro trozos de tablas alquitranadas que se inflamaron rápidamente, y Lionetti continuó:

—Lo más triste, en toda esa historia, es que tres semanas antes del siniestro una pequeña corbeta, que se dirigía también a Crimea, había naufragado del mismo modo y casi en el mismo lugar; pero aquella vez conseguimos salvar a la tripulación y a veinte soldados que se encontraban a bordo… Los pobres reclutas no cesaban de dar gracias al cielo por la suerte que habían tenido. Los llevaron a Bonifacio y pasaron dos días con

nosotros, en la marina… Una vez repuestos del todo, regresaron a Tolón, desde donde, poco después, volvieron a embarcarles para Crimea. ¿Adivina usted a bordo de qué navío? ¡Del Semillante, sí, señor! Les encontramos a todos, a los veinte, tumbados entre los muertos, en el mismo lugar donde ahora estamos. Con mis propias manos levanté a un guapo mozo, un rubio parisiense, que nos había hecho reír a todos con sus historietas… Al verle allí, se me partió el corazón. ¡Ah! ¡Santa Madre!

El bravo Lionetti, emocionado, sacudió las cenizas de su pipa y me dio las buenas noches… Durante algún tiempo, los marineros conversaron entre ellos a media voz. Luego, una tras otra, las pipas se apagaron… No se habló más… El viejo pastor se marchó… Y yo me quedé solo, soñando, en medio de la dormida tripulación.

Todavía bajo la impresión del lúgubre relato que acababa de oír, traté de reconstruir en mi pensamiento el pobre navío difunto y la historia de aquella agonía cuyos únicos testigos fueron las gaviotas. Algunos detalles: el capitán con su uniforme de gala, la estola del capellán, los veinte soldados renaufragados, me ayudaban a adivinar todas las peripecias del drama… Veía al navío

saliendo de Tolón por la noche… Cruza la bocana del puerto. El mar está agitado; sopla un viento terrible; pero tienen por capitán a un valiente marino, y a bordo todo el mundo está tranquilo…

Al amanecer se levanta la bruma marina. Empiezan a preocuparse. Toda la tripulación está arriba. El capitán no abandona la toldilla… En el entrepuente, donde están encerrados los soldados, reina la oscuridad; la atmósfera es cálida. Algunos están enfermos, acostados sobre sus sacos. El navío se mueve de un modo horrible: imposible mantenerse en pie. Se charla sentados en el suelo, en grupos, agarrándose a los bancos; hay que gritar para hacerse oír. Algunos empiezan a tener miedo… No hay para menos. Los naufragios son frecuentes en aquellos parajes, y allí están los veinte reclutas para decirlo: lo que cuentan no resulta tranquilizador, precisamente. De un modo especial, el parisiense que siempre bromea, pone la carne de gallina con sus salidas.

—Los naufragios son la mar de divertidos… Nos daremos un buen baño y luego nos llevarán a Bonifacio. Allí, el patrón Lionetti nos hinchará de pescado fresco…

Los reclutas estallan en una carcajada.

De repente, un crujido… ¿Qué ha sido eso? ¿Qué pasa?

—Acabamos de perder el gobernalle —dice un marinero que chorrea agua y que cruza el entrepuente corriendo.

—¡Que ofrezcan una recompensa al que lo encuentre! —grita el parisiense.

Pero, esta vez, nadie se ríe.

Gran tumulto sobre el puente. La bruma les impide verse. Los marineros van y vienen, asustados, a tientas… Sin gobernalle, la maniobra es imposible… El Semillante, a la deriva, navega a merced del viento. En aquel momento, el aduanero lo ve pasar; son las once y media. En la parte delantera del navío, se oye una especie de cañonazo… ¡Los rompientes! ¡Los rompientes! Es inútil, ya no hay esperanza, van directamente hacia la costa… El capitán baja a su camarote. Al cabo de unos instantes vuelve a ocupar su puesto en la toldilla… embutido en su uniforme de gala… Ha querido engalanarse para morir.

En el entrepuente, los soldados, ansiosos, se miran sin decir nada. Los enfermos tratan de levantarse… El parisiense ya no ríe… Se abre la puerta y aparece el capellán, con su estola:

—¡De rodillas, hijos míos!

Todo el mundo obedece. Con voz resonante, el capellán empieza la plegaria de los agonizantes.

Súbitamente, un choque formidable, un grito, un solo grito, un grito inmenso, brazos tendidos, manos que se engarban, miradas extraviadas por las que pasa como un relámpago la visión de la muerte…

¡Misericordia!

Así pasé toda la noche soñando, evocando, a diez años de distancia, el alma del pobre navío, cuyos restos me rodeaban… A lo lejos, en el estrecho, rugía la tormenta; la llama del vivac se encorvaba bajo la ráfaga; y yo oía danzar nuestra embarcación al pie de las rocas, haciendo gritar a su amarra.

EL HOMBRE DE LOS SESOS DE ORO

I

Nací en un pequeño pueblo de la antigua Suabia, en casa del escribano del tribunal, un soleado día de Pentecostés. Mi venida al mundo estuvo acompañada de algunos signos extraños que conviene contar. Toda la familia estaba reunida alrededor del lecho de la parturienta; mi tío, el inspector de aduanas, me cogió delicadamente entre sus dedos y me llevó junto a la ventana para contemplarme a gusto; pero el peso de mi pequeño ser le sorprendió hasta el punto de que el buen hombre, asustado, me soltó, y fui a caer a plomo en el suelo, con la cabeza por delante. Me creyeron muerto en el acto, y podrán imaginar los gritos que lanzaron; el cráneo de un recién nacido es algo tan débil, su tejido es tan frágil, la piel tan delicada; ¡un ala de mariposa deslizándose por ella puede causar los mayores estragos! ¡Oh, sorpresa! La tenuidad de mi cráneo apenas se resintió de aquella terrible sacudida, y mi cabeza, al tocar el suelo, devolvió un sonido metálico que todos oyeron y que hizo estirarse veinte orejas a la vez. Me rodean, me levantan, me palpan, y grande fue el estupor cuando el doctor declaró que tenía el remate de la cabeza y los sesos de oro, demostrando como prueba un fragmento que se

había separado en mi caída, y que reconocieron como un fragmento de oro purísimo y muy fino.

—¡Singular niño! —dijo el señor doctor moviendo la cabeza.

—¡Destinado a grandes cosas! —hizo observar juiciosamente mi tío.

Antes de separarse, se prometieron el mayor secreto sobre el episodio; esa fue la primera idea de mi madre, por temer que mi valor, una vez conocido, fuese a tentar la codicia de gente malvada. Por lo demás, yo era un niño como todos los otros, que comía o más bien bebía mucho, con gran precocidad en este aspecto y portador de unos rasgos divertidos capaces de alegrar la frente más severa. ¡Por temor a algún accidente, mi madre quiso alimentarme ella misma! Así pues, crecí en nuestra vieja casa de la calle Tanneurs, sin poner casi nunca un pie fuera, siempre consentido, mimado, vigilado, seguido de cerca, sin atreverme a dar un paso por mí mismo y solo por miedo a destrozar mi preciosa persona, y mirando tristemente a través de los cristales a mis pequeños vecinos, que jugaban a las tabas en la calle y daban volteretas encantados en los riachuelos. Como bien

suponen, se guardaron mucho de enviarme a la escuela: mi padre hizo venir con grandes gastos a los maestros a casa, y al mismo tiempo conseguí una instrucción presentable. Confesaré incluso que estaba dotado de una inteligencia que sorprendía a la gente, inteligencia cuyo secreto solo mis padres y yo conocíamos. ¿Quién no habría sido inteligente con una sesera tan magnífica como la mía? No pasaba día sin que en casa dejáramos de bendecir al cielo por haber hecho un milagro en mi favor y haber honrado con un niño prodigio la humilde morada del escribano.

¡Ah, favor maldito, execrable ahora! ¡Ojalá hubieras caído en la casa de enfrente!

II

Mi padre estaba lejos de ser rico; era un modesto escribano que ganaba con esfuerzo unos cuantos miserables florines al año copiando y registrando actas de tribunal. El dinero que había gastado en mi educación estaba muy por encima de sus posibilidades; por eso, una vez terminados mis estudios, y cuando yo acababa de cumplir dieciocho años, se encontró sin recursos.

Una noche, al volver de un paseo por la explanada, encontré a cuatro mocetones muy feos inspeccionando la casa y tomando el pulso a nuestros pobres muebles para cerciorarse de su salud y su valor. Mi madre lloraba en un rincón, de cuclillas en un escabel, con la cabeza entre las manos; mi padre, pálido como un sudario blanco, hacía inspeccionar el piso a aquellos señores y se volvía de vez en cuando para enjugar una gruesa lágrima vergonzosa. Comprendí que asistía a una lúgubre escena del drama del señor Leal. Una vez que los hombres se fueron con la promesa de volver al día siguiente, nos quedamos solos en la sombría habitación, y yo solo oía llantos y sollozos.

Mi padre se levantó y paseó unos instantes por la sala.

—¡Ah, maldito niño! —dijo deteniéndose de repente—, ¡cuántos dolores nos cuestas! ¿Y cómo me pagarás alguna vez las lágrimas que haces derramar a tu madre?

Quise hablar, pero el llanto me lo impedía; mi madre rezaba en voz baja en un rincón.

Acercándose a mí, mi padre continuó:

—¡Y pensar que nos morimos de miseria al lado de este oro!

Y, con un gesto febril, apoyó su mano en mi frente. ¡Oro! Ante esta palabra, un escalofrío hizo crujir mis miembros, al mismo tiempo que una idea terrible se abatía sobre mí y me invadía. Pensé en las riquezas inmensas que contenía mi cerebro.

—¡Oh!, si yo pudiera…

Y, presa de ese pensamiento, corrí a encerrarme con él en mi cuarto.

Muchas veces me habían contado la escena que acompañó a mi nacimiento; y, dado que había sobrevivido a la pérdida de un trozo de mi sesera, me pareció que, sin peligro, podía separar de nuevo una pizca para acudir en ayuda de mis desgraciados padres. Sin embargo, una horrible objeción se alzaba ante mí: aquel jirón de sesera que iba a arrancarme, ¿no era de otro tanto de inteligencia de lo que me privaba? La inteligencia, esa palanca, esa fuerza, ese poder; la inteligencia, mi única riqueza propiamente mía. ¿Tenía derecho a disponer de aquel modo de un bien que no había adquirido con trabajo y fatigas? ¿Y qué sería de mí, santo cielo, si fuera a caer en la estupidez y el embrutecimiento?... Por un lado, veía la desesperación de aquella pobre gente que había creído conveniente sacrificarse por mí; mi corazón se conmovió, mis ojos se humedecieron, no pude resistir más y, tomando una repentina decisión —qué sufrimiento tan horrible—, creí que mi cabeza estallaba.

Entré en la sala donde estaban mis padres.

—Tomen —les dije—, no lloren más.

Y arrojé a sus pies un trozo de oro del grosor de una avellana, aún sangrante y palpitante. Mientras me

cubrían de caricias, yo era presa de una tristeza profunda y de una situación singular: mis ideas me parecían menos nítidas, menos lúcidas; era como si un velo se extendiera sobre mi mente. Esquivé todo aquello.

«¡Bah! —me dije—, es para la casa; además, he dado tan poco…».

III

Poco tiempo después, unos miserables compañeros de juerga me arrastraron a una orgía que debía costarme cara. Ocurrió en el Hôtel de France: allí hicimos un jaleo de mil diablos, vaciamos la bodega y la despensa; nos divertimos hasta el exceso. Cuando se les pasó la borrachera, mis excelentes amigos, aprovechando mi embriaguez, consideraron oportuno escabullirse sin avisarme y sin pagar. Pasé una noche durmiendo en los divanes del Hôtel, y al día siguiente, al despertar, me encontré frente a una interminable factura que había que pagar en el acto. No tenía ni un kreutzer en el bolso y, por grande que fuese mi desconsuelo, tuve que recurrir de nuevo a mi sesera y exigirle un segundo y terrible sacrificio… Desde aquel día, un amargo abatimiento se apoderó de mi ser; unos cuantos sacrificios de ese tipo, y habría terminado con aquella inteligencia de la que tan orgulloso estaba. Esta idea, que me hacía temblar, se alzaba sin cesar ante mis ojos; me volví sombrío, misántropo; de todos mis amigos, solo había conservado uno, el más antiguo y el más seguro de todos, que conocía desde hacía mucho mi secreto y me recomendaba a todas las horas del día que cuidase celosamente aquel tesoro.

Este querido amigo tenía sus razones para hacerlo; una noche que llovía y el mal tiempo le hizo dormir en casa, se acercó furtivamente y durante mi sueño me arrancó un enorme trozo de sesera.

Me despertó el dolor, y me incorporé en la cama gritando; el miserable, pillado en flagrante delito, solo supo palidecer, balbucear y echarse a temblar. En última instancia escapó llevándose su botín. No sé cómo habría soportado este último golpe si una pasión violenta no hubiera venido a distraerme durante un tiempo de los siniestros sueños en que me hundía; me enamoré y decidí casarme, convencido de que en un hogar tranquilo y cariñoso conseguiría escapar a la completa destrucción de lo mejor de mí.

IV

La mujer que escogí estaba hecha para encantar, desde luego; tenía ojos, espíritu y corazón, un apellido que me gustaba, buenas relaciones y sentido del ahorro; empezamos a vivir juntos y me creí feliz para siempre. ¡Ay!, el día de mi boda fue cuando empezaron mis verdaderos sufrimientos, y cuando iba a devorar el hermoso lingote de oro que aún me quedaba en el cráneo.

Mi mujer, de gustos modestos, se sentía, sin embargo, aguijoneada por un inmoderado deseo de vestidos; por la noche, en el concierto, la oía muchas veces suspirar y mirar dolorosamente cuando pasaba al lado de las damas de la ciudad, todas ellas suntuosamente vestidas. Yo comprendía bien aquellos suspiros, y, aunque ella no se atreviese a confesármelo, sentía el pesar que le provocaba aquel alarde de lujo. Poco a poco creí darme cuenta de que la frialdad se deslizaba en la casa: dejó de haber efusión de corazón, expansiones, largas y dulces charlas. Comprendí que se me empezaba a acusar de mucho egoísmo.

«¿Por qué —se decía— dejarme en semejante indigencia? Y, dado que tiene el medio de hacerme feliz,

¿por qué no utilizarlo? ¿Qué hará con sus riquezas, si no las gasta por mí?».

Yo leía todas estas cosas y muchas otras más en el azul de un par de ojos demasiado bellos para mentir, y, mientras yo observaba por mi lado, el amor se iba por el otro. Había que tomar una decisión, y preferí dejar actuar a mi corazón. Mi mujer tuvo diamantes, mi mujer me dirigió sus más dulces sonrisas, pero no, nunca sabrán a qué precio pagué todo eso… ¿Cómo hacerlo de otra manera si yo carecía de fortuna? ¿Podía entrar a trabajar en una tienda, medir las piezas de paño, fabricar cucuruchos de papel? Algo divino que sentía dentro de mí me prohibía de forma insistente oficios como esos. Necesitaba dinero; mi sesera valía dinero, y, palabra, gasté mi sesera. Gasto de todos los días, tortura de todas las horas, para las alegrías de la vida, para las alegrías de la vanidad, esta noche para un baile, mañana para la cena, ayer para un vestido, hoy para el pan; el tesoro se iba por entero. A veces, en las horas de soledad y de miradas interiores, me dominaban rabias repentinas, me cogía la cabeza entre las manos como para detener las olas de oro que de ella salían; gritaba: «¡No te vas! ¡No te vas!». Al momento siguiente me hería con furia

el cráneo para extraer su divino mineral. En esto, una felicidad imprevista vino a traer algún alivio a mi horrible situación, a poner un bálsamo en mis heridas siempre sangrantes. Nos nació un niño, una joya de niñito, verdadera miniatura de la madre. Mi primer cuidado fue asegurarme de que no tendría la sesera de su padre, y cuando vi que no había heredado esa enfermedad regia, me sentí contento durante un tiempo.

V

El niño creció; ¡oh, dolor! Era una criatura más a la que mantener a partir de mi cerebro. Nodrizas, médicos, educadores. ¡Qué sé yo! Otros tantos miserables que vinieron a encarnizarse sobre mi mina de oro, con tanta frecuencia y tan cruelmente explotada. No ahorré nada por la querida criatura; y lo que sobre todo me sorprendía era la cantidad de riquezas contenidas en mi sesera, y el esfuerzo que debía hacer para agotarlas. Sin embargo, aquello tenía que terminar algún día… Estábamos en el día de Año Nuevo; fuera, un alegre sol cabrilleaba sobre la nieve; en casa, las frentes estaban taciturnas y los ojos hinchados. El niño suspiraba en su cama; por el aire de miseria que reinaba en la casa era fácil adivinar que no debía de estar pensando en aguinaldos, y que esa jornada de alegría se convertiría para él en jornada de lágrimas. Triste por aquella tristeza, la madre callaba, y de buena gana hubiera dado su sangre por ver un rayo de alegría en los ojos del chiquillo; pero, al ser consciente de mis numerosos sacrificios, no se atrevía a pedirme aquel. Desde mi sitio, veía aquel drama familiar, desgarrador y desolado… Al fin, sin poder aguantar más, pasé a la habitación vecina y busqué mi sesera… ¡Dios de dioses!

El tesoro había huido; apenas quedaba un despojo del tamaño de la mitad de mi dedo meñique.

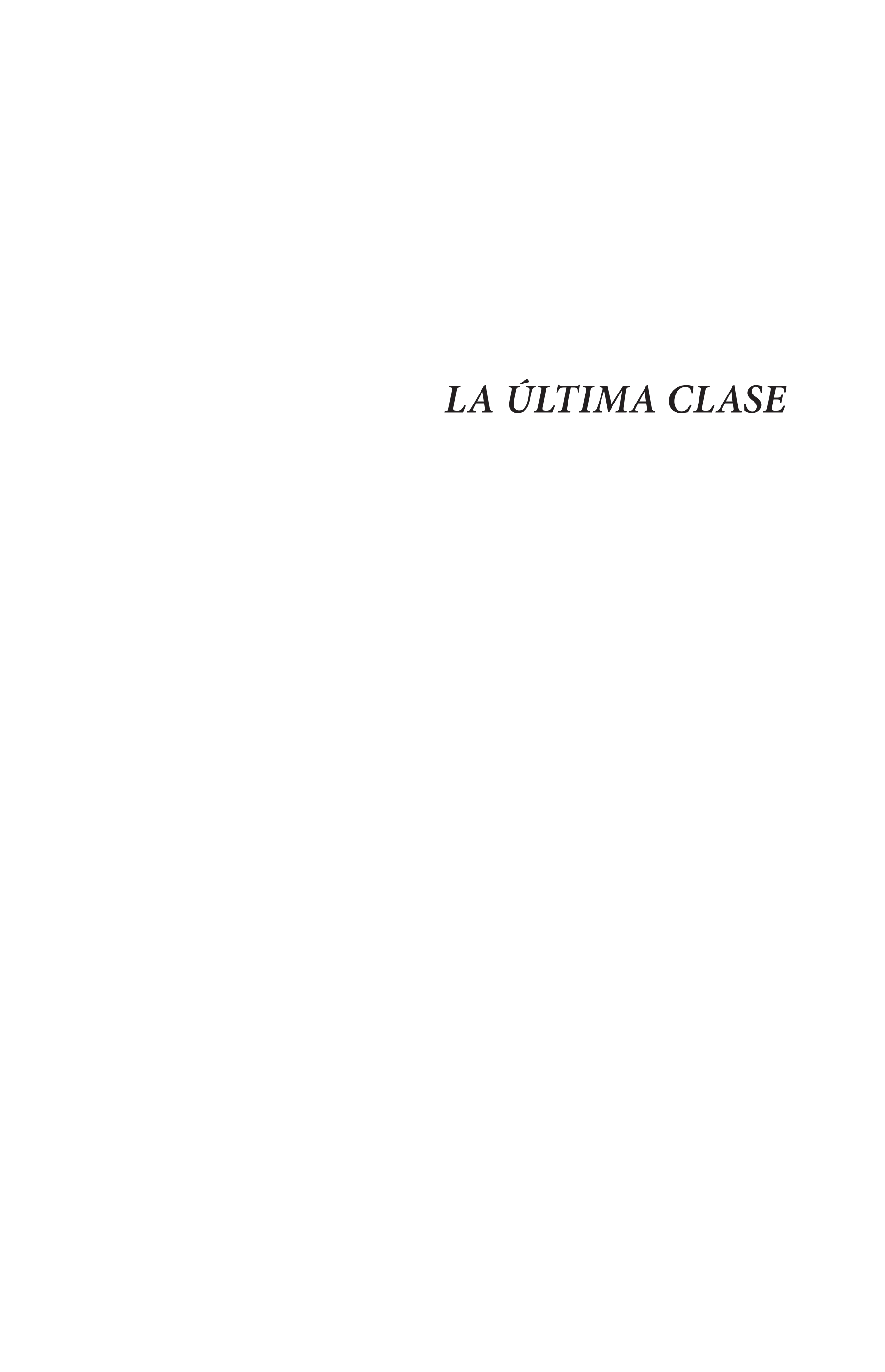
—¡No, nunca! —exclamé temblando.

En ese mismo momento oí en la pieza de al lado al niño, a quien mi presencia ya no frenaba, lanzar un largo sollozo. No vacilé… Una vez cumplido el sacrificio, volví al lado de mi mujer y le dije que fuera con su hijo a comprar aguinaldos; el niño aplaudió, ella, llorando de alegría, se arrojó a mis brazos y me estrechó contra su pecho con amor.

—¡Ah, querido, qué bueno eres!

Cuando se marcharon, me dejé caer en una silla y pensé amargamente en aquellas espléndidas riquezas, de las que ya no me quedaba la menor brizna y que ya no podría volver a ver. Recapitulé todas las circunstancias de mi vida en las que había perdido mi oro brizna a brizna, todos los matorrales del camino en que había dejado un jirón de mi vellocino; la torpeza de mi tío, mi amor por mis padres, la jugarreta de mis camaradas en el Hôtel de France, la horrible conducta de mi amigo, mis deberes de esposo y de padre, todo pasó ante mis ojos. ¿Qué hacer

ahora? ¿Qué desear? Una cama de hospital o un trabajo de mozo de tienda en alguna parte, en la Bobina de Plata, por ejemplo; ese era el futuro que me estaba reservado, y aún no había cumplido cuarenta años. Luego, mientras me afligía y lloraba a raudales, me puse a pensar en tantos desgraciados que viven de su sesera como yo había vivido, en esos artistas, en esos escritores sin fortuna, obligados a hacer pan de su inteligencia, y me dije que no debía de ser yo el único en este bajo mundo en conocer los sufrimientos del hombre de la sesera de oro.



LA ÚLTIMA CLASE

Aquella mañana me había retrasado más de la cuenta en ir a la escuela, y me temía una buena reprimenda, porque, además, el señor Hamel nos había anunciado que preguntaría los participios, y yo no sabía ni una jota. No me faltaron ganas de hacer novillos y largarme a través de los campos.

¡Hacía un tiempo tan hermoso, tan claro! Se oía a los mirlos silbar en la linde del bosque, y en el prado Rippert, tras el aserradero, a los prusianos que hacían el ejercicio. Todo esto me atraía mucho más que la regla del participio; pero supe resistir la tentación y corrí apresuradamente hacia la escuela.

Al pasar por delante de la Alcaldía vi una porción de gente parada frente al tablón de anuncios. Por él nos venían desde hacía dos años todas las malas noticias, las batallas perdidas, las requisiciones, las órdenes de la Kommandature, y, sin pararme, me preguntaba para mis adentros: «¿Qué es lo que todavía puede ocurrir?».

Entonces, al verme atravesar la plaza a la carrera, el herrero Watcher, que estaba con su aprendiz leyendo el bando, me gritó:

—No te molestes tanto, muchacho; todavía llegas a la escuela bastante a tiempo.

Me pareció que me hablaba con sorna, y entré sin aliento en el patio de la escuela.

De ordinario, al comenzar la clase, se levantaba un gran alboroto, que se oía hasta en la calle: los pupitres, que abríamos y cerrábamos; las lecciones, que repetíamos a voces todos a un tiempo, tapándonos los oídos para aprenderlas mejor, y la ancha palmeta del maestro, que golpeaba la mesa:

—¡Silencio! ¡Un poco de silencio!

Yo contaba con este jaleo para deslizarme en mi banco sin ser visto; pero precisamente aquel día todo estaba tranquilo como la mañana de un domingo. Por la ventana, abierta, veía a mis compañeros alineados en sus sitios, y al señor Hamel, que pasaba y repasaba, con su terrible palmeta bajo el brazo. No hubo más solución que abrir la puerta y entrar en medio de aquel inmenso silencio. ¡No les digo si estaría avergonzado, ni el pánico que tendría!

Pues bien, ¡no! El señor Hamel me miró sin cólera y me dijo dulcemente:

—Siéntate pronto, hijo mío; íbamos a comenzar sin ti.

Me monté sobre el banco, y enseguida me senté al pupitre. Fue entonces cuando, algo recobrado de mi pavor, eché a ver que el maestro se había puesto su hermosa levita verde, su chorrera rizada y el gorro bordado de seda negra, que solo sacaba los días de inspección o de distribución de premios. Además, la clase entera tenía un no sabía qué extraordinario, solemne; pero lo que me sorprendió más fue ver en el fondo de la sala, en los bancos que solían quedar desiertos, unos cuantos viejos sentados, silenciosos como nosotros: el anciano Hauser, el antiguo alcalde, el cartero viejo y otros cuantos. Todos ellos parecían tristes, y Hauser había llevado un silabario, roído por los bordes, que sostenía en las rodillas abierto, con las gruesas gafas entre las páginas.

Mientras yo hacía estas extrañas observaciones, el señor Hamel se había subido a su tribuna, y con la misma voz grave y dulce con que me había recibido, nos dijo:

—¡Hijos míos!, es el último día que les doy clase. Ha llegado de Berlín la orden de que no se enseñe más que el alemán en las escuelas de Alsacia y Lorena… El maestro nuevo llega mañana. Hoy es nuestra última lección de francés; les suplico que pongan toda su atención.

Estas cuatro palabras me trastornaron por completo. ¡Miserables! Esto es lo que nos preparaban con el bando de la Alcaldía.

¡Mi última lección de francés! ¡Y yo que apenas sabía escribir! Entonces, ¡yo no lo aprendería nunca! ¡No pasaría de ahí! ¡Cómo me reprochaba a mí mismo el tiempo perdido, los novillos que había hecho para ir a nidos o a patinar sobre el Saar! Mis libros, que hacía poco me aburrían tanto y tanto me pesaban en la mano, mi gramática, mi historia sagrada, ahora me parecían viejos amigos, de quienes me costaría mucho trabajo separarme. Lo mismo que el señor Hamel. La idea de que iba a marcharse, de que ya no lo vería más, me hacía olvidar los castigos y los palmetazos.

¡Pobre hombre! Se había puesto su traje bueno de los domingos en honor a la última clase. Ahora ya comprendía también por qué estos viejos del pueblo habían venido a

sentarse en lo último de la sala. Parecía que sentían no haber venido más a menudo; era también una manera de dar las gracias al maestro por sus cuarenta años de buenos servicios, de ofrecer sus respetos a la patria que se marchaba con él…

Estaba en este punto de mis reflexiones, cuando oí que el maestro me llamaba. Me había llegado el turno. ¡Qué no habría dado yo por poder decir de un tirón aquella terrible regla del participio, muy alto, muy claro, sin una sola falta! Pero a las primeras palabras me embrollé, y allí me quedé, de pie, balanceándome en el banco, con el corazón en un puño y sin atreverme a levantar la cabeza. El señor Hamel me iba diciendo:

—No te riño, pobrecito; bastante castigado estás… Pero, mira, las cosas son así. Todos los días nos decimos «¡Bah!, tengo tiempo, ya estudiaré mañana», y luego, aquí tienes lo que pasa. ¡Ay! Esta ha sido la gran desgracia de nuestra Alsacia: dejar siempre su instrucción para mañana. Ahora esa gente tiene derecho a decirnos: «Pero, ¿cómo? ¿Pretenden ser franceses y no saben hablar su lengua?» De todo ello, tú no tienes mucha culpa; todos nosotros tenemos muchas cosas que echarnos en cara.

A sus padres no les ha importado gran cosa verlos instruidos; les parecía mejor mandarlos a trabajar la tierra o a las fábricas, para reunir unos cuantos céntimos más. Y yo mismo, ¿no tengo algo que reprocharme también? ¿No les hacía muchas veces regar mi jardín en vez de estudiar? Y cuando quería irme a pescar truchas, ¿me violentaba algo para mandarlos a paseo?

Y después, de una cosa en otra, el señor Hamel llegó a hablarnos de la lengua francesa, diciendo que era la lengua más hermosa del mundo, la más clara, la más sólida; que era preciso guardarla entre nosotros y no olvidarla nunca, porque cuando un pueblo cae en la esclavitud, si conserva bien la lengua propia, es como si tuviera la llave de la prisión. Después cogió una gramática y nos leyó la lección; yo estaba asombrado de ver cómo lo comprendía; todo lo que decía me pareció fácil, facilísimo. Acaso fuera que nunca había escuchado con tanta atención y que tampoco él había puesto tanta paciencia en sus explicaciones. Se diría que el pobre quería infundirnos todo su saber antes de marcharse, que nos lo quería meter de golpe en la cabeza.

Cuando hubo terminado la lección pasamos a la escritura. El maestro nos había preparado modelos nuevos, sobre los que había escrito con una hermosa letra redonda: Francia, Alsacia, Francia, Alsacia. Parecían banderitas que ondeaban por toda la clase, colgadas como de un mástil sobre nuestros pupitres. ¡Era de ver cómo nos aplicábamos todos! ¡Qué silencio! No se oía más que el rasguear de las plumas sobre el papel. Por la ventana entraron zumbando unos abejorros; nadie paró en ellos, ni siquiera los pequeñuelos, que no levantaban cabeza, trazando sus palotes con tanta afición como si fueran francés también.

Sobre el tejado de la escuela, las palomas se arrullaban dulcemente; al oírlas me preguntaba: «¿Las obligarán también a arrullarse en alemán?».

De vez en cuando levantaba los ojos de mi plana y veía al señor Hamel, inmóvil en su silla, mirando fijamente los objetos a su alrededor, como si quisiera llevarse en la mirada toda su escuela. ¡Figúrense! Desde hacía cuarenta años estaba allí; en el mismo sitio, con el patio enfrente y la clase siempre parecida; solo los bancos, los pupitres, se habían lustrado, bruñidos por el uso; los nogales del

patio habían crecido, y la enredadera, plantada por su mano, festoneaba las ventanas y subía hasta las tejas. ¡Qué tortura debía ser para aquel pobre hombre dejar todas estas cosas y oír a su hermana, que trajinaba en el piso de encima haciendo las maletas!… Porque debían partir al día siguiente, ¡irse de su tierra para siempre!

Sin embargo, aún tuvo ánimos para darnos la clase de cabo a rabo. Después de la escritura dimos la lección de historia; más tarde, los más pequeños cantaron juntos el ba, be, bi, bo, bu. Allá en lo último de la sala, el viejo Hauser se había puesto los espejuelos, y, con la cartilla abierta, deletreaba a coro con ellos. Se veía que también él se aplicaba; su voz temblaba de emoción y era tan gracioso oírlo, que teníamos ganas de reír y llorar a la vez. ¡Ay! ¡Siempre me acordaré de esta última clase!

En esto, el reloj de la iglesia dio las doce; después, sonó el Ángelus. En el mismo momento, los sonidos de las trompetas de los prusianos, que volvían de la instrucción, estallaron bajo las ventanas. El señor Hamel se levantó de su asiento completamente demudado; nunca me había parecido tan grande.

—Hijos míos —dijo—; hijos míos… Yo…, yo…

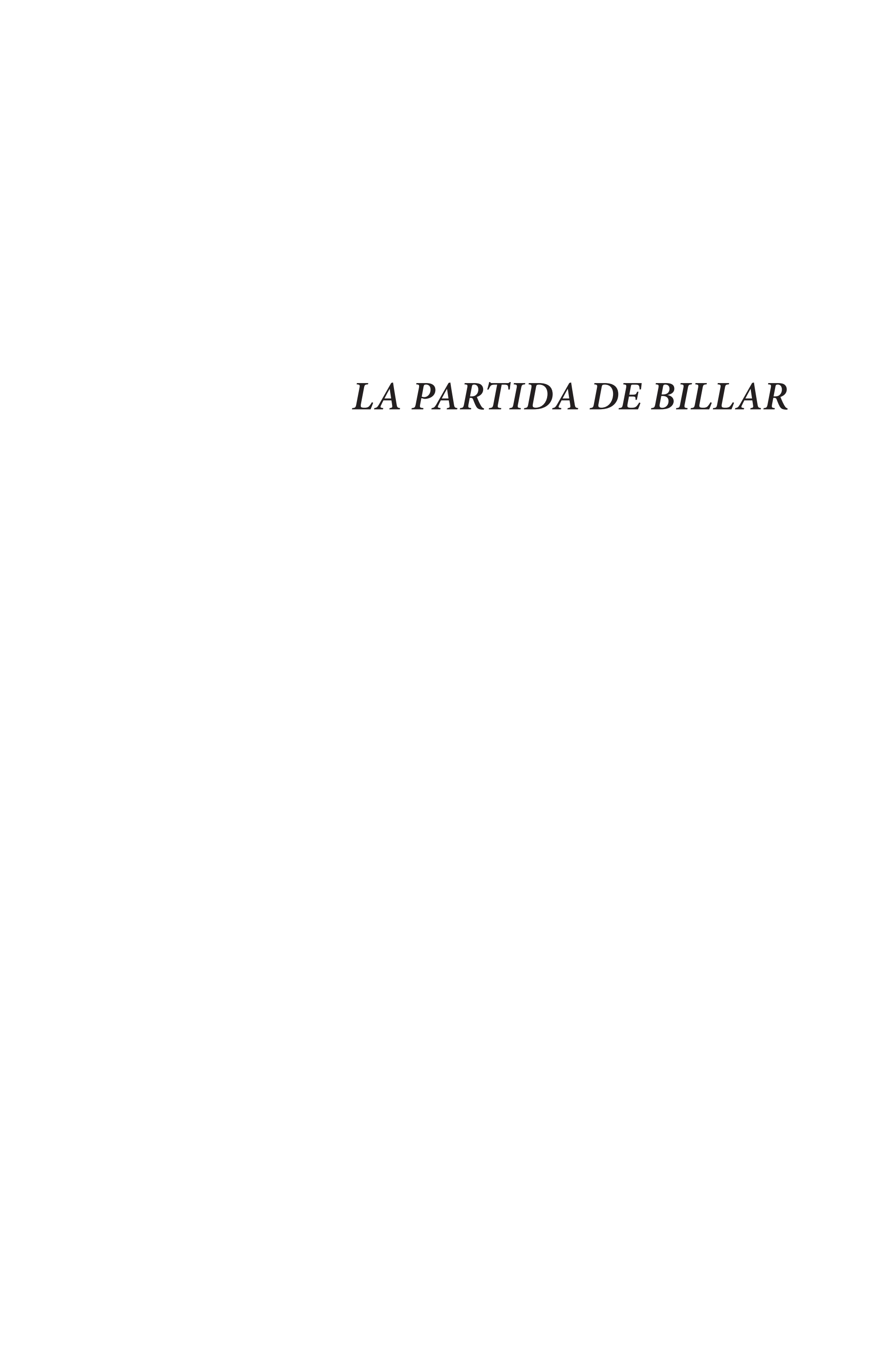
Pero algo lo ahogaba, y no pudo terminar la frase.

Entonces se volvió hacia la pizarra, cogió la tiza y, calcando con todas sus fuerzas, escribió en trazos tan gruesos como pudo:

«¡VIVA FRANCIA!»

Y allí se quedó, la cabeza apoyada contra la pared. Y, sin hablar, nos hacía con la mano señas que querían decir:

—Se ha acabado… Salgan.



LA PARTIDA DE BILLAR

Como combaten desde hace dos días y han pasado la noche con el petate al hombro bajo una lluvia torrencial, los soldados están extenuados. Sin embargo, hace ya tres mortales horas que se les tiene aquí pudriéndose, con el arma a los pies, en los charcos de las carreteras, en el barro de los campos inundados.

Abatidos por la fatiga, por las noches pasadas, por los uniformes empapados, se aprietan unos contra otros para calentarse y sostenerse. Algunos duermen de pie, apoyados en el petate del vecino, y la lasitud, las privaciones se ven mejor en esos rostros distendidos, abandonados en el sueño. La lluvia…, el barro…, sin fuego…, sin sopa…, el cielo bajo y oscuro…, el enemigo que se presiente alrededor… ¡Qué lúgubre es todo!

¿Qué hacen ahí? ¿Qué ocurre?

Los cañones, con la boca dirigida hacia el bosque, parecen acechar algo. Las ametralladoras emboscadas miran fijamente al horizonte. Todo parece listo para un ataque. Pero ¿por qué no se ataca? ¿Qué esperan?

Esperan órdenes, y el cuartel general no las envía.

Sin embargo, el cuartel general no está lejos. Está en ese hermoso castillo de estilo Luis XIII, cuyos rojos ladrillos, lavados por la lluvia, brillan en la ladera entre los macizos. Verdadera morada principesca, muy digna de ostentar la enseña de un mariscal de Francia. Detrás de una gran una zanja y de una rampa de piedra que los separan de la carretera, los céspedes suben hasta la escalinata, densos y verdes, bordeados de jarrones floridos. Del otro lado, del lado íntimo de la casa, los viales abren boquetes luminosos, el estanque, donde nadan los cisnes se extiende como un espejo; y bajo el tejado en forma de pagoda de una inmensa pajarera, lanzando gritos agudos entre el follaje, los pavos reales, los faisanes dorados baten las alas y hacen la rueda. Aunque los dueños se han marchado, no se percibe el abandono, el gran «¡Sálvese quien pueda!» de la guerra.

La bandera del jefe del ejército ha preservado hasta las más menudas florecillas del césped, y resulta algo emocionante encontrar, tan cerca del campo de batalla, esta calma opulenta que procede del orden de las cosas, de la correcta alineación de los macizos, de la silenciosa profundidad de las avenidas.

La lluvia, que amontona tan desagradable barro en las carreteras y produce tan profundas rodadas, aquí no es más que un aguacero elegante, aristocrático, que aviva el rojo de los ladrillos, el verde de los céspedes y da lustre a las hojas de los naranjos y a las plumas blancas de los cisnes. Todo reluce, todo es apacible. Realmente, de no ser por la bandera que ondea en lo alto del tejado, de no ser por los dos soldados de guardia ante la verja, nadie creería estar en un cuartel general. Los caballos descansan en las cuadras. Por aquí y por allá se ven algunos asistentes y ordenanzas, en ropa de faena merodeando cerca de las cocinas, o algún jardinero en pantalón rojo pasando tranquilamente su rastrillo por la arena de los patios.

El comedor, cuyas ventanas dan a la escalinata, permite ver una mesa a medio quitar, botellas abiertas, vasos sucios y vacíos, descoloridos sobre el mantel arrugado, es decir, el final de un banquete cuando los comensales se han marchado. En la habitación de al lado se oyen ruidos de voces, risas, bolas de billar que ruedan, vasos que chocan. El mariscal está jugando su partida y he aquí por qué el ejército espera órdenes. Cuando el mariscal ha empezado su partida, ya puede hundirse el cielo, nada en el mundo podrá impedir que la termine.

¡El billar! Esta es la debilidad del gran militar.

Ahí está, serio como en una batalla, vestido de gala, con el pecho cubierto de condecoraciones, con la mirada brillante, los pómulos encendidos en la animación de la comida, del juego y los ponches. Sus ayudantes de campo lo rodean solícitos, respetuosos, pasmándose de admiración tras cada una de sus jugadas. Cuando el mariscal hace un punto, todos se precipitan hacia el marcador; cuando el mariscal tiene sed, todos quieren prepararle el ponche. Se oye el roce de charreteras y penachos, el tintineo de cruces y cordones que se entrechocan. Al ver todas sus graciosas sonrisas, sus finas reverencias de cortesanos, tantos bordados, tantos uniformes nuevos, en esta lujosa sala con zócalos de roble, abierta sobre parques, sobre patios de honor, vienen a la memoria los otoños de Compiègne, y el espíritu olvida la visión de los sucios capotes que se pudren allá, a lo largo de los caminos, formando grupos tan sombríos, bajo la lluvia.

El contrincante del mariscal es un joven capitán del Estado Mayor, muy ceñido, rizado, enguantado que es de primera clase en el billar y capaz de vencer a todos

los mariscales de la tierra, pero sabe mantenerse a una respetuosa distancia de su jefe, y se esmera en no ganar, pero también en no perder con demasiada facilidad. Es lo que se dice un oficial de porvenir…

¡Atención, joven! ¡Compórtese bien! El mariscal tiene quince puntos; usted, diez. Hay que llevar el juego del mismo modo hasta el final y habrá usted hecho más por el ascenso que si estuviese usted fuera con los otros, bajo los torrentes de agua que anegan el horizonte, ensuciándose su bonito uniforme, empañándose el oro de sus cordones, esperando esas órdenes que no llegan. Es una partida verdaderamente interesante. Las bolas corren, se rozan, entrecruzan sus colores. Las bandas devuelven bien; el tapete se calienta… De repente, la llama de un cañonazo cruza el cielo… Un ruido sordo hace temblar los cristales. Todo el mundo se estremece; se miran con inquietud. El mariscal es el único que no ha visto ni oído nada: inclinado sobre el billar, está combinando un magnífico efecto de retroceso. ¡Los retrocesos son su fuerte!

Pero he ahí un nuevo resplandor y después otro… Los cañonazos se suceden, se precipitan. Los ayudantes

de campo corren a las ventanas. ¿Será que atacan los prusianos?

—¡Pues que ataquen! —dice el general dando tiza—. Le toca jugar, capitán.

El Estado Mayor se estremece de admiración. Turena, dormido sobre una cureña, no era nada al lado de este mariscal, tan sereno delante del billar en el momento de la acción… Entre tanto, los cañonazos aumentan. A las sacudidas del cañón se mezcla el tableteo de las ametralladoras y el redoble de las descargas de pelotón. Una humareda rojiza, negra en los bordes, sube hasta lo último de los céspedes. Todo el fondo del parque está encendido. Los pavos reales, los faisanes, asustados, chillan en la pajarera; los caballos árabes, al oler la pólvora, se encabritan en el fondo de las cuadras. El cuartel general comienza a inquietarse. Partes y más partes. Los correos llegan a rienda suelta preguntando por el mariscal. Pero el mariscal es inabordable. Ya les decía yo que no dejaría su partida por nada ni por nadie.

—Usted juega, capitán.

Pero el capitán se distrae. ¡Eso pasa por ser joven! Ahí está, pierde la cabeza y olvida su juego, y hace, carambola tras carambola, dos series que casi le dan la victoria. Esta vez, el mariscal se ha puesto furioso. La sorpresa y la indignación se reflejan en su masculino semblante. Precisamente en este momento un caballo llega a galope tendido y cae reventado en el patio. Un ayudante, cubierto de barro, fuerza la consigna, sube la escalinata de un salto… «¡Mariscal! ¡Mariscal!». ¡Hay que ver cómo lo reciben! Resoplando de cólera, rojo como un gallo, el mariscal se asoma a una ventana, con el taco en la mano.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? ¿Dónde están los centinelas?

—Pero, mariscal…

—Basta… Dentro de un rato… ¡Que esperen mis órdenes! ¡Pardiez!

Y la ventana se cierra violentamente. ¡Que esperen sus órdenes!

¡Eso es lo que hacen los pobres! El viento les arroja la lluvia y la metralla en pleno rostro. Batallones enteros

son aplastados mientras otros permanecen con el arma al brazo sin poder comprender la causa de su pasividad. No pueden hacer nada, esperan órdenes… Y, como para morir no hay necesidad de órdenes, los hombres caen por cientos detrás de los zarzales, en las trincheras, frente del gran castillo silencioso… Y ya caídos, la metralla los destroza aún, y por sus abiertas heridas mana en silencio la generosa sangre de Francia… Arriba la sala de billar se caldea; el mariscal ha vuelto a recobrar ventaja, pero el joven capitán se defiende como un león.

¡Diecisiete! ¡Dieciocho! ¡Diecinueve!

Apenas hay tiempo para anotar los puntos. El ruido de la batalla se aproxima. Solo le falta una jugada al mariscal. Algunos obuses caen en el parque. Uno estalla sobre el estanque. El espejo se quiebra; un cisne nada, despavorido, en un remolino de plumas ensangrentadas. Es el último disparo…

Ahora, un gran silencio. Solo se oye la lluvia que cae sobre los árboles, y un ruido confuso al pie de la colina y por los caminos inundados, algo como el rumor sordo de un rebaño que se apresura… El ejército ha sido derrotado. El mariscal ha ganado su partida.

EL ESPEJO

Al norte, a orillas del Nieman, ha llegado una pequeña criolla de quince años, blanca y rosa como una flor de almendro. Viene del país de los colibríes, la trae el viento del amor…

Los de su isla le decían:

—No vayas, en el continente hace frío… El invierno te matará.

Pero la pequeña criolla no creía en el invierno y solo conocía el frío por haber tomado sorbetes; además estaba enamorada, no tenía miedo a morir… Y ahí estaba, desembarcada en las brumas del Nieman con sus abanicos, su hamaca, sus mosquiteros y una jaula de enrejado dorado llena de pájaros de su país.

Cuando el anciano padre del norte vio llegar a aquella flor de las islas que el sur le enviaba en un rayo de sol, su corazón se apiadó; y como pensaba que el frío pronto devoraría a la chiquilla y a sus colibríes, encendió rápidamente un hermoso sol amarillo y se vistió de verano para recibirlos…

La criolla se confundió; tomó aquel calor del norte, brutal y pesado, por un calor que duraría; aquella eterna y oscura vegetación por el verdor de la primavera y, colgando su hamaca al fondo del parque entre dos abetos, pasaba el día abanicándose, meciéndose.

—En el norte hace mucho calor —dice riendo.

Sin embargo, hay cosas que la inquietan. ¿Por qué, en este extraño país, las casas no tienen miradores acristalados? ¿Por qué esos muros gruesos, esas alfombras, esas pesadas cortinas? Esas gruesas estufas de mayólica, esos grandes montones de leña apilados en los patios, y esas pieles de zorro azul, esos abrigos forrados, esas pieles que duermen al fondo de los armarios, ¿para qué pueden servir?

Pobre pequeña, muy pronto va a saberlo.

Una mañana, al despertarse, la pequeña criolla siente un gran escalofrío. El sol ha desaparecido y, del cielo negro y bajo que parece haberse aproximado a la tierra durante la noche, caen copos de una pelusa blanca y silenciosa como la que se desprende de los algodonales… ¡Es el invierno! ¡Ha llegado el invierno! El viento sopla, las

estufas resuenan. En la gran jaula de enrejado dorado, los colibríes ya no gorjean. Sus pequeñas alas azules, rosas, amarillas, verde mar, permanecen inmóviles y da pena ver cómo se aprietan unos a otros ateridos e hinchados por el frío, con sus finos picos y sus ojos de cabeza de alfiler. Allá, al fondo del parque, la hamaca tirita cubierta de escarcha y las ramas de los abetos son de cristal hilado.

La pequeña criolla tiene frío y ya no quiere salir. Acurrucada junto al fuego como uno de sus pájaros, pasa el tiempo contemplando las llamas, y se hace un sol con sus recuerdos. En la gran chimenea luminosa y ardiente, vuelve a ver todo su país: los anchos muelles repletos de sol con el azúcar moreno de las cañas que chorrean, y los granos de maíz flotando en una polvareda dorada; luego las siestas de la tarde, los estores claros, las esteras de paja; luego las noches estrelladas, las moscas enardecidas, y los millones de pequeñas alas que zumban entre las flores y en las mallas de tul de los mosquiteros.

Y mientras ella sueña así ante las llamas, los días de invierno se suceden cada vez más cortos, cada vez más oscuros. Cada mañana se retira un colibrí muerto de la jaula; pronto solo quedan dos, dos copos de plumas verdes que se erizan uno junto al otro en un rincón…

Aquella mañana, la pequeña criolla no ha podido levantarse. Como una balancela de Mahón atrapada por los hielos del norte, el frío la oprime y la paraliza. Está oscuro, la habitación está triste. La escarcha ha puesto sobre los cristales una espesa cortina de seda mate. La ciudad parece muerta y, por las calles silenciosas, el quitanieves a vapor, silba lamentablemente… Para distraerse, la criolla hace espejear las lentejuelas de su abanico y pasa el tiempo entreteniéndose con los espejos de su país ribeteados de grandes plumas indias.

Cada vez más cortos, cada vez más oscuros, los días de invierno se suceden. Tras sus cortinas de encaje la pequeña criolla languidece y se desola. Lo que más la entristece es que desde su cama no puede ver el fuego. Tiene la sensación de haber perdido su patria por segunda vez… De vez en cuando pregunta:

—¿Hay fuego en la habitación?

—Claro que sí. La chimenea está ardiendo. ¿Oyes como crepitan los troncos y estallan las piñas?

—¡Oh! Veamos, veamos.

Pero de nada le sirve asomarse, la llama está demasiado lejos, no puede verla y eso la desespera. Una tarde que está allí, pálida y pensativa, con la cabeza en el extremo de la almohada y los ojos siempre vueltos hacia aquella llama invisible, su amigo se acerca, y coge uno de los espejos que se encuentran sobre el lecho:

—¿Quieres ver el fuego, querida? Muy bien, espera…

Y arrodillándose delante de la chimenea, trata de enviarle con el espejo un reflejo de la llama mágica.

—¿Puedes verla?

—No, no veo nada.

—¿Y ahora?

—No, aún no.

Luego, de repente, recibiendo en pleno rostro un rayo de luz que la ilumina:

—¡Oh! ¡La veo! —dice feliz.

Y muere riendo con dos pequeñas llamas en el fondo de sus ojos.


EL NIÑO ESPÍA

Se llamaba Stenne, el pequeño Stenne. Era un niño de París, débil, paliducho, que lo mismo podía tener diez años como quince. Con estos chiquillos, no se puede decir la edad con exactitud. Su madre había muerto; su padre, antiguo soldado de la marina, era guarda de jardines en una plaza del barrio del Temple. Los niños, las niñeras, las señoras mayores que van con sus sillas plegables bajo el brazo, las madres pobres, toda la gente sencilla y tímida que busca amparo contra los carruajes en esos parterres rodeados de aceras, conocían al señor Stenne y lo apreciaban. Todos sabían que bajo aquellos grandes bigotes, espanto de los perros y de los ociosos que bostezan en los bancos, se ocultaba una tierna sonrisa casi maternal, y que para hacer surgir esa sonrisa no había más que preguntarle al pobre hombre: «¿Cómo está su hijo? ¿Qué tal se porta?». ¡Quería tanto a su hijo! ¡Era tan feliz cuando por la tarde, al salir de la escuela, el niño venía a buscarlo y juntos daban una vuelta por los paseos, deteniéndose ante cada banco para saludar a los conocidos y corresponder a sus saludos!

Pero llegó el sitio y, desgraciadamente, todo cambió. Cerraron el jardín y lo convirtieron en depósito de barriles de petróleo, y el pobre hombre, obligado a una

vigilancia constante, se pasaba la vida deambulando entre los macizos desiertos, destrozados, solitarios, sin poder fumar, sin poder ver al hijo nada más que en casa, por la noche y ya muy tarde. Así que había que ver sus bigotes cuando le mencionaban a los prusianos…

Pero Stenne hijo, por supuesto que no se quejaba de la nueva vida. ¡Un sitio! ¿Hay algo más entretenido para un chiquillo? ¡Ni escuela ni maestros! Vacaciones perpetuas y la calle animada como una feria… El niño se pasaba el día entero fuera de casa, en total libertad. Acompañaba a los batallones del barrio que iban a los fuertes, eligiendo preferentemente a los que tenían una buena banda, y en esto el chico era experto. Decía con aplomo que la del 96 no valía gran cosa; pero que, en cambio, la del 55 era estupenda. Otras veces miraba cómo los guardias móviles hacían instrucción. Y además tenía otro entretenimiento: las colas. Con su cesta al brazo, se metía en aquellas largas filas que se formaban, en la oscuridad de las mañanas de invierno sin gas, a la puerta de las carnicerías, de las panaderías. Con los pies en los charcos, se trababan nuevas amistades, se hablaba de política y, como hijo del señor Stenne, los demás le pedían su opinión. Pero más divertidas aún eran las partidas de

chito, famoso juego de galocha que pusieron de moda los móviles bretones durante el sitio. Cuando Stenne hijo no estaba en las fortificaciones ni en las panaderías, ya se sabía dónde se le podía encontrar: en la partida de chito que se hacía junto al Château-d'Eau. Él no jugaba, claro está; necesitaría mucho dinero y no lo tenía; pero se contentaba mirando cómo jugaban los demás. Uno de ellos, alto, de camisa azul, que manejaba mucho dinero, despertaba su admiración. Cuando corría se le oían sonar los francos en el bolsillo. Un día, al agacharse para coger una moneda que había rodado hasta los pies de Stenne, el chico le dijo en voz baja:

—No te quedes bizco. Si quieres, puedo decirte de dónde se sacan.

Cuando la partida terminó, se lo llevó consigo a un rincón de la plaza y le propuso ir juntos a vender periódicos a los prusianos. Se sacaban treinta francos limpios por cada viaje. Al principio, Stenne lo rechazó muy indignado, y se pasó tres días sin volver a la partida; tres días terribles, sin comer ni dormir. Por la noche veía montones de chitos, derechos, al pie de la cama, y monedas de franco, brillantes, deslizándose

por el suelo… La tentación era demasiado fuerte, y a los cuatro días volvió al Château-d'Eau, vio al otro y se dejó convencer. Una mañana que había nevado salieron con su saco al hombro y los periódicos escondidos bajo las camisas. Cuando llegaron a la puerta de Flandes, no se veía apenas; el grande tomó a Stenne de la mano, y acercándose al centinela —un buen hombre civil, con la nariz roja y aspecto de infeliz— le dijo:

—Déjenos pasar, buen hombre. Tenemos a nuestra madre enferma y no tenemos padre. Voy con mi hermano a ver si podemos coger algunas papas en el campo…

Lloraba mientras hablaba. Stenne, avergonzado, bajaba la cabeza; el centinela los miró un instante; luego miró el camino, nevado y desierto:

—¡Está bien, pasen! —les dijo, dejándolos pasar.

Ahí los vemos camino de Aubervilliers. ¡Y anda que no se reía el grandullón! Desconcertado, y como en sueños, Stenne veía fábricas convertidas en cuarteles, barricadas desiertas, llenas de andrajos mojados; largas chimeneas que perforaban la niebla y ascendían hacia el cielo, rotas, desportilladas. De trecho en trecho un centinela, oficiales

encapuchados, que miraban a lo lejos con gemelos, y tiendas de campaña hundidas en la nieve, fundida junto a las hogueras medio apagadas. El joven conocía los caminos y se echaba a campo traviesa para evitar los puestos. Pero, de repente y sin tener escapatoria, fueron a dar de bruces con una avanzada de francotiradores. Los francotiradores, vestidos con capotes cortos, se agazapaban en el fondo de una trinchera encharcada que corría paralela al ferrocarril de Soissons. Ahora no les valió repetir su triste historia; no los dejaron pasar. Mientras lloriqueaba, de la casa de la guardesa salió un sargento, de cabeza canosa y cara arrugada, que se parecía al señor Stenne.

—¡Vamos, pequeños, límpiense esas lágrimas! —dijo a los chicos—. Luego irán a coger papas; ahora entren a calentarse un poco. ¡Vaya una cara de frío que tiene este chiquillo!

¡Ay! Stenne no temblaba de frío precisamente; temblaba de miedo, de vergüenza. En el puesto encontraron algunos soldados acurrucados junto al fuego agonizante, un auténtico fuego de viuda, a cuya llama deshelaban la torta, pinchada en la punta de las bayonetas. Les dieron

una copa y un poco de café. Mientras bebían, un oficial llegó a la puerta, llamó al sargento, habló en voz baja con él y se fue enseguida.

—¡Muchachos! —dijo feliz el sargento—. ¡Esta noche va a haber hule! Conocemos el santo y seña de los prusianos. Me parece que esta vez les arrebatamos ese condenado fuerte de Bourget.

Sonó una explosión de ¡bravos! y de risas. Bailaban, cantaban, limpiaban los machetes. Aprovechando el bullicio, los muchachos desaparecieron. Más allá de la trinchera solo se veía la llanura, y al fondo un largo muro blanco, agujereado de troneras. Se dirigieron hacia aquel muro, deteniéndose a cada paso e inclinándose como para coger papas.

—Volvamos… No vayamos allá —decía a cada momento el pequeño. El otro se encogía de hombros y seguía adelante. De repente, oyeron el tictac de amartillar un fusil.

—¡Agáchate! —dijo el mayor, echándose cuerpo a tierra.

Luego silbó; otro silbido le respondió sobre la nieve. Avanzaban a rastras. Delante del muro, a ras del suelo, surgieron dos bigotes rubios bajo una gorra grasienta. El mayor saltó dentro de la trinchera, junto al prusiano.

—Es mi hermano —dijo, señalando a su acompañante.

Stenne era tan pequeño que, al verlo, el prusiano se echó a reír y tuvo que cogerlo en brazos para subirlo hasta la brecha del muro. Al otro lado de este se veían terraplenes, árboles tendidos, agujeros negros en la nieve, y en cada agujero, la misma gorra grasienta, los mismos bigotes amarillentos riendo al ver pasar a los chiquillos.

En un rincón se hallaba la casa del jardinero, protegida por troncos de árboles. La planta baja estaba repleta de soldados que jugaban a las cartas mientras se cocía la sopa sobre una espléndida hoguera. Olía apetitosamente a coles, a tocino. ¡Qué diferencia con el campamento de los francotiradores! En el primer piso se oía a los oficiales tocar el piano, descorchar vino de Champaña. Cuando los parisinos entraron, los acogieron con un ¡hurra!; estos entregaron sus periódicos y los otros los invitaron a beber haciéndolos hablar. Los oficiales tenían un aspecto bravucón y malévolo, pero el joven los

divertía con su imaginación pintoresca y su vocabulario de golfillo; y reían, repetían las palabras después de él y se revolcaban gustosos en el cieno de París que llegaba hasta ellos. Stenne también hubiera querido decir algo para demostrar que no era un idiota; pero algo le trababa la lengua. Frente a él, a un lado, había un prusiano mayor, más serio que los demás, que leía, o que más bien parecía leer, porque no le quitaba ojo. En esa mirada había una mezcla de ternura y de reproche, como si el hombre estuviera pensando para sus adentros: «Quisiera morir antes que ver a mi hijo hacer semejante papel». Desde ese instante, Stenne sintió como si una mano se posase sobre su corazón y le impidiese latir. Para aturdirse, se puso a beber copa tras copa. Pronto todo empezó a darle vueltas; en medio de grandes carcajadas, oía confusamente que su compañero se burlaba de los guardias nacionales, de su manera de hacer la instrucción; imitaba un zafarrancho de combate en el Marais, una alarma nocturna en las murallas. Después bajó la voz; los oficiales se le acercaron y sus rostros se pusieron serios. El miserable les iba a descubrir los planes de ataque de los francotiradores. Eso era demasiado. Stenne se levantó furioso, despejado de repente. «Eso no…, no quiero». Pero el otro solo le contestó con una sonrisa y continuó. Antes de que

acabara, los oficiales ya se habían levantado. Uno de ellos le indicó la puerta a los chiquillos:

—Ya pueden marcharse —les dijo. Y se pusieron a hablar muy agitados en alemán. El mayor salió de allí altivo como un dux, haciendo sonar el dinero; el pequeño lo seguía con la frente baja, y cuando pasó junto al prusiano, cuya mirada tanto le había impactado, oyó una voz triste que le decía: «Esto no está bien, no está bien». Y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Una vez en la llanura, los muchachos echaron a correr y entraron pronto en París. Como llevaban el saco lleno de papas (que les habían dado los alemanes), llegaron sin tropiezo hasta la trinchera de los francotiradores. No se veía otra cosa, sino preparativos para el ataque de la noche. Sigilosamente llegaban tropas que se agrupaban detrás de las paredes. El viejo sargento estaba muy contento de acá para allá preparando su sección. Cuando los muchachos pasaron, los reconoció y los saludó con una sonrisa paternal. ¡Qué daño le hizo aquella sonrisa al pequeño Stenne! Un grito estuvo a punto de salírsele de la boca: «¡No vayan esta noche!… Los acabamos de traicionar…». Pero el otro lo había advertido: «Si te vas

de la lengua, nos fusilan a los dos», y el miedo le impidió hablar.

En el barrio de la Courneuve entraron en una casa abandonada para repartirse las ganancias. La verdad me obliga a decir que la partición se hizo con toda honradez, y que al oír sonar las monedas en su bolsillo, y al pensar en la cantidad de partidas de chito que podría jugar, Stenne no encontró tan horrible lo que había hecho. Pero cuando se quedó solo, cuando pasadas unas cuantas puertas el mayor lo dejó, entonces sus bolsillos empezaron a hacérsele cada vez más pesados, y la mano que le oprimía el corazón se lo apretaba más fuerte que nunca. París ya no le parecía el mismo de antes. La gente que pasaba a su lado lo miraba severamente, como si supiera de dónde venía. Escuchaba la palabra espía en el sonido de las ruedas, en el redoble de tambor de los que hacían la instrucción a lo largo del canal. Por fin llegó a su casa y, contento de que su padre no estuviera aún allí, subió corriendo a su cuarto y escondió bajo la almohada el dinero que tanto le pesaba.

Hacía tiempo que el señor Stenne no volvía a casa tan contento, tan feliz como aquella noche. Se acababan de

recibir noticias de provincias; las cosas marchaban mejor. Mientras comía, el viejo soldado miraba su fusil colgado en la pared, y decía sonriendo al chiquillo:

—¡Qué bien te las verías con los prusianos si fueras un poco mayor!

Hacia las ocho comenzó a tronar el cañón. «Es el fuerte de Aubervilliers; la batalla es en el Bourget», decía el buen hombre, que conocía todos los fuertes. Stenne se puso lívido, y pretextando estar cansado, se fue a acostar; pero no pudo pegar un ojo. El cañón sonaba sin cesar. Se imaginaba a los francotiradores deslizándose en la noche para sorprender a los prusianos, y cayendo, a su vez, en una emboscada; se acordaba del sargento que le había sonreído y lo veía tendido en la nieve, y al lado de él, ¡quién sabe cuántos más! Y el precio de tanta sangre estaba escondido allí, bajo su almohada, y era él, el hijo del señor Stenne, el hijo de un soldado, el que… Las lágrimas lo ahogaban; en el cuarto contiguo oía a su padre andar, abrir la ventana. Abajo, en la plaza, tocaban a llamada; un batallón de móviles se numeraba para marchar. Iba a ser una gran batalla, sin lugar a dudas. El infeliz no pudo contener un sollozo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó el padre entrando en la habitación.

El chiquillo no aguantó más; saltó de la cama e intentó echarse a los pies de su padre. Al realizar este movimiento, el dinero rodó por el suelo.

—¿Qué es esto? ¿Has robado? —preguntaba el viejo, tembloroso.

Entonces, sin tomar aliento, el muchacho le contó que había ido a las líneas prusianas y lo que había hecho. A medida que hablaba sentía que su corazón latía con más libertad; la confesión lo aliviaba. Cuando terminó, se tapó la cara con las manos y se puso a llorar.

—¡Padre! ¡padre! —dijo el chico tratando de acercársele.

El padre lo rechazó sin hablar, recogió el dinero y lo guardó en el bolsillo.

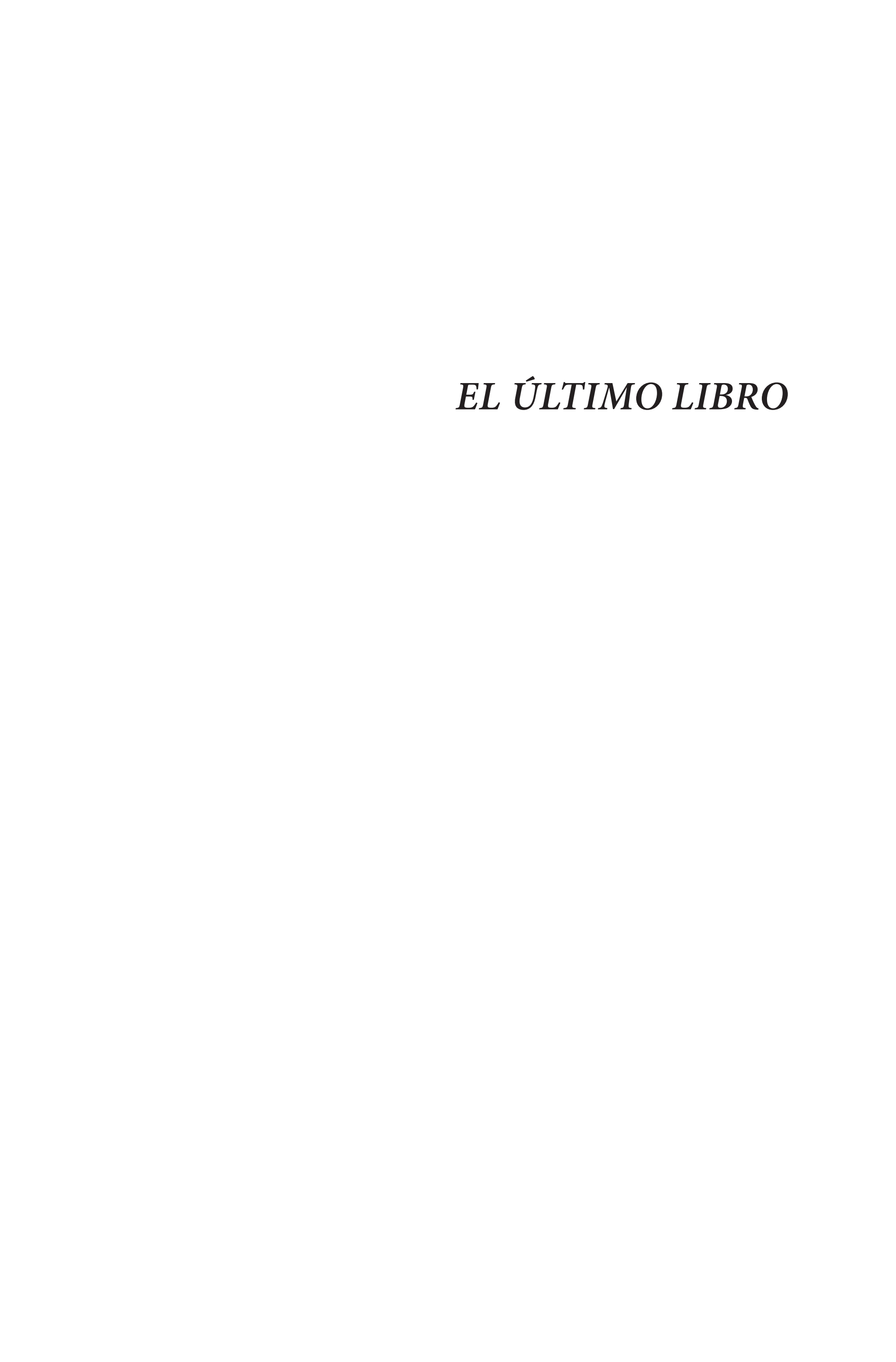
—¿Has terminado? —preguntó.

El chico hizo un gesto afirmativo con la cabeza. El padre descolgó su fusil y su cartuchera.

—¡Voy a devolver esto!

Y, sin añadir ni una palabra más, sin volver siquiera la cabeza, fue a unirse a los móviles que iban a salir hacia el frente aquella misma noche.

No se le ha vuelto a ver nunca más.



EL ÚLTIMO LIBRO

«¡Ha muerto!», me dijo alguien en la escalera. Desde hacía ya unos días esperaba la lúgubre noticia. Sabía que, de un momento a otro, me la iba a encontrar en esta puerta; y, sin embargo, me sorprendió como algo inesperado. Con el corazón triste y los labios temblorosos, entré en esta humilde vivienda de hombre de letras donde el despacho ocupaba la mayor parte, donde el estudio despótico se había adueñado de todo el bienestar, de toda la claridad de la casa.

Estaba allí, tendido en una cama de hierro muy baja; y la mesa cargada de papeles, su gran caligrafía interrumpida en mitad de la página, su pluma aún de pie en el tintero, daban fe de que la muerte lo había golpeado súbitamente. Detrás de la cama, un alto armario de roble, desbordando manuscritos y papeles, se entreabría por encima de su cabeza. A su alrededor, libros, solo libros, solo libros: por todas partes, en las estanterías, sobre las sillas, sobre el escritorio, apilados en el suelo en los rincones, hasta al pie de la cama. Cuando escribía ahí, sentado a su mesa, este amontonamiento, estos papeles sin polvo podían agradar a la vista: se sentía la vida, el entusiasmo en el trabajo. Pero, en esta habitación de muerto, parecían algo lúgubre. Todos aquellos pobres

libros, que se venían abajo por pilas, parecían dispuestos a marcharse, a perderse en la gran biblioteca del azar, dispersa por las tiendas, por los márgenes del río, por los puestos de viejo, abiertos por el viento y la ociosidad.

Acababa de besarlo y permanecía allí, de pie, mirándolo, aún impresionado por el contacto de aquella frente fría y pesada como una piedra. De repente, la puerta se abrió. Un dependiente de librería, cargado, jadeante, entró alegremente y dejó sobre la mesa un paquete de libros recién salidos de imprenta.

—Un envío de Bachelin —gritó. Luego, al ver la cama, retrocedió, se quitó la gorra y se retiró discretamente.

Había algo horriblemente irónico en aquel envío del librero Bachelin, que llegaba con un mes de retraso, esperado con tanta impaciencia por el enfermo y recibido por el muerto… ¡Pobre amigo! Era su último libro, aquel en el que había puesto todas sus esperanzas. ¡Con cuánto esmero sus manos, ya temblorosas por la fiebre, habían corregido las pruebas de imprenta! ¡Qué ansias por tener en sus manos el primer ejemplar!

Los últimos días, cuando ya no hablaba, sus ojos permanecían clavados en la puerta; y si los impresores, los gerentes, los encuadernadores, toda esa masa empleada en la obra de una sola persona, hubieran podido ver aquella mirada de angustia y de espera, las manos se habrían acelerado, las letras se habrían colocado debidamente en las páginas, las páginas en volumen para llegar a tiempo, es decir, un día antes, y darle al moribundo la alegría de encontrar reflejado, fresco en el perfume de un libro nuevo y en la nitidez de los caracteres, aquel pensamiento que él sentía huir y nublarse.

Incluso en plena vida, hay en ello efectivamente para el escritor una felicidad de la que no se hastía jamás. ¡Qué sensación deliciosa produce abrir el primer ejemplar de su obra, verla impresa, como en relieve, y no en la gran ebullición del cerebro donde siempre está algo confusa! Cuando se es joven produce deslumbramiento: las letras resplandecen, circundadas de azul, de amarillo, como si se tuviera la cabeza llena de sol. Más tarde, a esa alegría de inventor se mezcla algo de tristeza, la añoranza de no haber dicho todo cuanto se quería decir. La obra que había dentro de ti parecía siempre más bella que la que se ha hecho. ¡Se pierden tantas cosas en el viaje

de la cabeza a la mano! Viéndola en las profundidades del sueño, la idea de un libro se parece a esas bonitas medusas del Mediterráneo que pasan por el mar como matices flotantes; depositadas estas sobre la arena, no son más que un poco de agua, unas gotas descoloridas que el viento seca de inmediato.

Desgraciadamente, el pobre chico no había tenido ni esas alegrías ni esas desilusiones respecto a su última obra. Era lamentable ver aquella cabeza inerte y pesada, dormida sobre la almohada y, a su lado, aquel libro completamente nuevo, que iba a aparecer en los escaparates, a mezclarse con los ruidos de la calle, con la vida de la jornada, del que los transeúntes leerían inconscientemente el título, se lo llevarían en la memoria, en el fondo de sus retinas, con el nombre del autor, el mismo nombre inscrito en la página triste de la Alcaldía, tan risueño, tan alegre en la portada de color claro. El problema del alma y del cuerpo parecía estar presente allí por completo, entre aquel cuerpo rígido que iban a enterrar, a olvidar, y aquel libro que se desprende de él, como un alma visible, viva, y tal vez inmortal…

—Me había prometido un ejemplar —dijo muy bajo una voz llorosa cerca de mí.

Me di la vuelta y vi, bajo unas gafas doradas, unos ojillos vivos y fisgadores que conozco, y ustedes también, todos ustedes amigos que escriben. Es un aficionado a los libros que, tan pronto como un volumen tuyo es anunciado, viene a llamar a tu puerta con dos golpecitos tímidos y persistentes que se le parecen. Entra sonriente, encorvado, bulle a tu alrededor, te llama maestro, y no se irá de allí sin llevarse tu último libro.

¡Solo el último! Tiene todos los demás, este es el único que le falta. ¿Hay alguna forma de negárselo? Llega tan a punto, sabe tan bien cogerte en medio de esa alegría de la que hablábamos antes, en el abandono de los envíos, de las dedicatorias… ¡Ah! ¡Qué terrible hombrecillo al que nada desanima, ni las puertas sordas, ni las acogidas frías, ni el viento, ni la lluvia, ni las distancias! Por la mañana se le encuentra en la calle de la Pompe arañando la diminuta puerta del patriarca de Passy; por la tarde regresa de Marly con el nuevo drama de Sardou bajo el brazo. Y así, siempre trotando, siempre buscando, llena su vida sin hacer nada y su biblioteca sin pagar.

Es cierto, la pasión por los libros debía ser muy fuerte en este hombre para traerlo así junto a este lecho de muerte.

—¡Ah!, coja usted un ejemplar —le dije impaciente.

No lo cogió, lo engulló. Luego, una vez que el volumen estuvo bien hondo en su bolsillo, permaneció sin moverse, sin hablar, con la cabeza inclinada sobre un hombro, secándose las gafas con expresión conmovida. ¿Qué estaba esperando? ¿Qué era lo que le retenía? ¿Tal vez un poco de vergüenza, de apuro de marcharse inmediatamente, como si no hubiera venido nada más que a eso? ¡Pues no! Sobre la mesa, con el papel de envolver a medio quitar, acababa de ver unos cuantos ejemplares, con el canto ancho, sin recortar, con grandes márgenes, florones y culos de lámpara; y pese a su actitud recogida, su mirada y su pensamiento estaban clavados allí… ¡Y el muy desgraciado estaba deseando cogerlos!

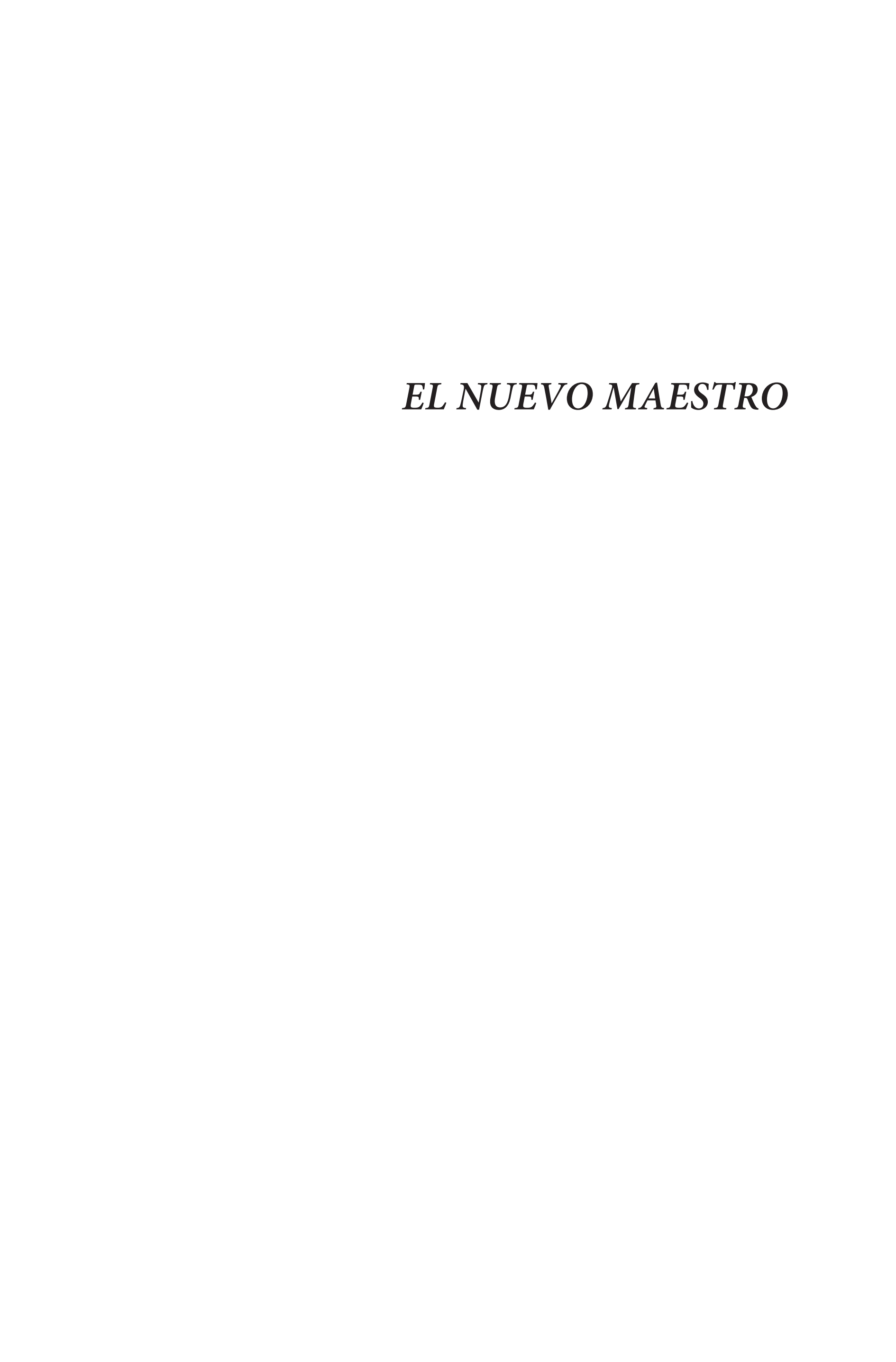
Lo que es, no obstante, la manía de observar… Yo mismo me había dejado distraer de mi emoción y seguía, a través de mis lágrimas, aquella comedia lamentable que estaba representándose a la cabecera del muerto. Suavemente, por pequeñas sacudidas invisibles, el

aficionado a los libros se acercaba a la mesa. Su mano se posó, como por casualidad, sobre uno de los volúmenes; le dio la vuelta, lo abrió, palpó sus hojas. A medida que lo hacía, sus ojos se iluminaban y la sangre le afluía a las mejillas. La magia del libro actuaba en él. Finalmente, no aguantando más, cogió uno:

—Es para el señor Sainte-Beuve —me dijo a media voz.

Y en su fiebre, en su turbación, en su miedo de que se lo quitara, quizá también para convencerme de que era para el señor Sainte-Beuve, añadió gravemente con una entonación de compunción intraducible:

—¡De la Academia Francesa!… —Y desapareció.



EL NUEVO MAESTRO

Nuestra pequeña escuela ha cambiado mucho desde la marcha del señor Hamel. Cuando él estaba aquí teníamos unos minutos de margen por la mañana, cuando llegábamos. Nos colocábamos en círculo en torno a la estufa para desentumecer un poco los dedos, sacudir la nieve o el aguanieve pegada a la ropa. Charlábamos apaciblemente enseñándonos unos a otros lo que llevábamos en la cesta. Eso les daba a los que vivían al extremo de la comarca tiempo para llegar a la oración y a pasar lista… Hoy ya no es lo mismo. Hay que llegar a la hora exacta. El prusiano Klotz, nuestro nuevo maestro, no bromea. Desde las ocho menos cinco está de pie en su tarima, con una gruesa garrota junto a él, y ¡pobres de los retrasados! Por lo que se oyen los zuecos apresurarse en el pequeño patio, y las voces sofocadas gritar desde la puerta: «¡Presente!».

Y es que con este terrible prusiano no hay excusas que valgan. No se puede decir: «Le he ayudado a mi madre a llevar la ropa al lavadero… Mi padre me ha llevado con él al mercado». El señor Klotz no quiere escuchar nada. Se diría que para ese miserable extranjero no tenemos casa, ni familia; que vinimos al mundo siendo ya escolares, con los libros bajo el brazo, listos para aprender alemán

y recibir garrotazos. ¡Ah!, yo recibí una buena dosis al comienzo. ¡Nuestra serrería está tan lejos de la escuela, y tarda tanto en amanecer en invierno! Finalmente, como volvía siempre por la tarde con manchas rojas en los dedos, en la espalda, en todas partes, mi padre se decidió a dejarme interno, pero me costó mucho acostumbrarme.

Y es que los internos, además del señor Klotz, tienen a la señora Klotz, que es más mala aún que él, y a un montón de pequeños Klotz, que corren detrás de ellos por las escaleras gritando que los franceses son todos tontos, todos tontos. Afortunadamente, cuando mi madre viene a verme los domingos, me trae siempre provisiones, y como todos ellos son muy glotones, estoy bastante bien visto en la casa.

Uno al que compadezco de todo corazón, por ejemplo, es Gaspard Hénin. Este también duerme en la pequeña habitación de la buhardilla. Hace dos años que es huérfano y que su tío el molinero, para deshacerse de él, lo metió en la escuela directamente. Cuando llegó, era un chico robusto de diez años que parecía de quince, acostumbrado a correr y jugar al aire libre todo el día, sin sospechar siquiera que se aprendía a leer. Por lo

que, en los primeros días, no hacía sino llorar y sollozar como un perro amarrado; era muy bueno pese a eso, y con unos ojos dulces como los de una chica. A fuerza de paciencia, el señor Hamel, nuestro antiguo maestro, había conseguido domesticarlo y cuando tenía algún recado que hacer por los alrededores, enviaba a Gaspard que se sentía feliz de verse al aire libre, de mojarse en los arroyos y de atrapar una insolación sobre su rostro curtido. Con el señor Klotz todo ha cambiado.

El pobre Gaspard, al que tanto le había costado iniciarse en el francés, no ha podido aprender ni una sola palabra de alemán. Pasa horas enteras con la misma declinación y, por sus cejas fruncidas, se nota más obstinación y cólera que atención. A cada lección, la escena se repite: «¡Gaspard Hénin, levántese!». Hénin se levanta enfurruñado, se balancea por encima del pupitre y vuelve a sentarse sin decir palabra. Entonces el maestro le pega y la señora Klotz lo deja sin comer. Pero eso no le hace aprender más deprisa. Con frecuencia, por la noche, cuando subimos a la pequeña habitación, yo le digo: «No llores, Gaspard, haz como yo. Aprende a leer en alemán, puesto que estas gentes son los más fuertes». Pero él me

responde: «No, no quiero… quiero irme, quiero volver a mi casa». Es su idea fija.

La languidez de los comienzos le había vuelto más fuerte aún y, por la mañana, al amanecer, cuando lo veía sentado sobre su cama, con los ojos fijos, comprendía que estaba pensando en el molino que se despertaba a esa hora, y en la hermosa agua corriente en la que había jugado durante toda su vida de niño. Aquellas cosas lo llamaban desde lejos, y la brutalidad del maestro no hacía sino empujarlo aún más rápido hacia su casa y convertirlo por completo en un salvaje. A veces, después de los garrotazos, al ver sus ojos azules oscurecerse de ira, yo me decía que si estuviera en el lugar del señor Klotz sentiría miedo de aquella mirada. Pero ese diablo de Klotz no tiene miedo de nada. Tras los golpes, el hambre; también ha inventado la cárcel, y Gaspard ya no sale casi nunca. Sin embargo, el domingo último, como no había tomado el aire desde hacía dos meses, lo llevaron con nosotros al prado comunal, en las afueras del pueblo.

Hacía un tiempo excelente y nosotros corríamos con todas las ganas en grandes partidas de escondite, felices de sentir el viento frío, que nos hacía pensar en la nieve

y en los juegos sobre el hielo. Como siempre, Gaspard permanecía apartado en la linde del bosque, removiendo las hojas, cortando ramas, y jugando solo. En el momento de ponerse en fila para volver, Gaspard no estaba. Lo buscan, lo llaman. Se había escapado. Había que ver la cólera del señor Klotz. Su grueso rostro estaba púrpura, su lengua se enredaba en blasfemias alemanas. Los contentos éramos nosotros. Entonces, después de haber enviado a la mayoría de vuelta al pueblo, tomó con él a dos de los mayores, a otro y a mí, y ahí nos tienen camino del molino de Hénin. Anochecía. Había por todas partes casas cerradas, caldeadas por un buen fuego y una buena comida de domingo, un hilillo de luz se deslizaba hacia la carretera, y yo pensaba que a aquella hora debían estar muy bien a la mesa y al abrigo.

En casa de los Hénin el molino estaba parado, la empalizada cerrada, todo el mundo de vuelta, las personas y los animales. Cuando el mozo vino a abrirnos, los caballos, las ovejas se removieron sobre la paja; y sobre los palos del gallinero hubo grandes revoloteos de alas y gritos de miedo como si todos aquellos animales hubieran reconocido al señor Klotz. Las personas del molino estaban comiendo en la cocina, una gran cocina

bien caldeada, bien iluminada y reluciente, desde las pesas del reloj hasta los calderos. Entre el molinero y su mujer, Gaspard, sentado en el extremo de la mesa, tenía el semblante despejado de un niño feliz, mimado, acariciado.

Para justificar su presencia, había inventado no sé qué fiesta del archiduque, unas vacaciones prusianas, y estaban festejando su llegada. Cuando vio al señor Klotz, el desgraciado miró a su alrededor, buscando una puerta abierta para escaparse; pero la gruesa mano del maestro se apoyó en su hombro y, en un minuto, el tío fue informado de la escapada. Gaspard tenía la cabeza erguida, sin la expresión avergonzada del escolar cogido en falta. Entonces, él, que normalmente hablaba muy poco, recuperó de repente la lengua: «¡Muy bien, sí, me he escapado! No quiero volver a la escuela. No quiero aprender alemán, una lengua de saqueadores y de asesinos. Quiero hablar francés como mi padre y mi madre». Temblaba, estaba terrible.

«¡Cállate, Gaspard!…», le decía el tío; pero nada podía detenerlo. «Está bien… Déjelo… Vendremos a buscarlo con los gendarmes…». Y el señor Klotz reía tontamente.

Había un gran cuchillo sobre la mesa; Gaspard lo agarró con un gesto terrible que hizo retroceder al maestro: «¡Muy bien! ¡Traiga a sus gendarmes!».

Entonces el tío Hénin, que empezaba a sentir miedo, se abalanzó sobre su sobrino, le arrancó el cuchillo de las manos, y luego vi algo horroroso. Como Gaspard seguía gritando: «¡No iré! ¡No iré!», lo ataron fuertemente. El infortunado mordía, echaba espuma por la boca, llamaba a su tía que había subido al piso temblorosa y llorando. Luego, mientras preparaban la carreta de bancos, el tío nos invitó a comer. Yo no tenía hambre, ¡ya imaginan!; pero el señor Klotz se puso a devorar y mientras tanto, el molinero le pedía excusas por las injurias que Gaspard había dicho de él y de su majestad, el emperador de Alemania. ¡Lo que es tener miedo de los gendarmes!

¡Qué regreso más triste! Tendido al fondo de la carreta sobre una capa de paja, como un cordero enfermo, Gaspard ya no decía ni palabra. Creí que se había quedado dormido, fatigado por tanta rabia y tantas lágrimas; pensé que debía tener mucho frío, con la cabeza descubierta y sin abrigo como estaba; pero no me atreví a decir nada por miedo al maestro. La lluvia era fina.

El señor Klotz, con un gorro forrado de piel hasta las orejas, azotaba al caballo canturreando. El viento hacía danzar la luz de las estrellas y avanzábamos, avanzábamos por la carretera blanca y helada. Estábamos ya lejos del molino. Ya no se oía casi el ruido de la esclusa, cuando una voz débil, llorosa, suplicante, se elevó de repente del fondo de la carreta, una voz que decía en nuestro dialecto de Alsacia: «*Losso mi fort gen, herr Klotz… Déjeme marcharme, señor* Klotz». Era algo tan triste de oír que las lágrimas me acudieron a los ojos. El señor Klotz, por su parte, sonreía aviesamente y seguía cantando mientras azotaba al animal.

Al cabo de unos minutos, la voz volvió a repetir: «*Losso mi fort gen, herr Klotz*», siempre con el mismo tono, suavizado y como automático. ¡Pobre Gaspard! Se habría dicho que estaba recitando una oración.

Por fin, la carreta se detuvo. Habíamos llegado. La señora Klotz esperaba ante la escuela con un farol, y estaba tan enfadada con Gaspard Hénin, que tenía ganas de pegarle. Pero el prusiano se lo impidió, diciendo con su sonrisa perversa: «Mañana le ajustaremos las cuentas… Basta por hoy». ¡Oh!, sí, el desgraciado chico tenía

suficiente por hoy. Sus dientes castañeteaban, temblaba de fiebre. Hubo que subirlo a su cama. Creo que aquella noche yo también tuve fiebre; todo el tiempo sentía el traqueteo de la carreta y oía a mi pobre amigo decir con voz suave: «¡Déjeme irme, señor Klotz!».

“¿Quién no habría sido inteligente con una sesera tan magnífica como la mía?

Colección
Lima Lee

